



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 3785

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 23 DE JUNIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

LA PRENSA Y LA COMISIÓN

La comisión ha empezado sus gestiones en persecución del objeto que la ha llevado á Madrid. Ella misma lo expresó anteayer así, en un telegrama que no leyeron á su debido tiempo los lectores, gracias al mal servicio telegráfico, que á veces parece que se verifica por carrela.

Primero habló con los diputados, con los nuestros, con los representantes de la circunscripción de Cartagena, con los que tienen el deber de velar por los intereses de casa, que en esta ocasión no discrepan de los intereses nacionales. Después visitó las redacciones de los grandes rotativos, buscando apoyo en ellas.

¿Lo encontró? La comisión no dice nada. Si sacó malas impresiones, se las quedó para ella sola. Si las sacó buenas...

Con el deseo de aclarar este asunto, buscamos en los periódicos del cambio y leemos bajo el epígrafe obligado: «La comisión de Cartagena»:

Del Heraldo de Madrid: «Ayer tarde hemos tenido el gusto de recibir la visita del alcalde, secretario y síndico del ayuntamiento de Cartagena, con más los representantes de los obreros del arsenal, el presidente de la Sociedad Económica, del Ateneo y del Círculo liberal de dicho punto, que vienen á Madrid á gestionar que no se cierre el arsenal de aquella ciudad.

De sus labios hemos oído una exposición muy viva de los graves perjuicios que se causarían á dicha población si prevaleciesen los propósitos del Gobierno.

Militares de obreros quedarían sin trabajo; y esto unido á la crisis minera que se padece en aquella comarca, producirá una situa-

ción grave, acerca de la cual es necesario que reflexionen los gobernantes».

De La Correspondencia:

«Hemos tenido la honra de recibir ayer tarde al alcalde de Cartagena D. Juan Sánchez Doménech, regidor síndico D. Salvador Castello y secretario D. Juan Palacios y de los operarios D. Daniel Andreu, D. Tomas Cabas, D. Pedro García Pérez, D. José María Martínez y D. Francisco García Narejos, representantes de toda la maestranza del arsenal.

Esta comisión viene á Madrid para gestionar cerca del gobierno el sostenimiento de la maestranza y otras reformas de interés grandísimo.

Al darles la bienvenida, les deseamos el mejor éxito en sus gestiones».

De El Liberal:

«Ayer llegó á Madrid la comisión de Cartagena que viene á gestionar la protección del Gobierno para aquella maestranza.

La Comisión fué presentada al Gobierno por los señores conde de Romanones y general Aznar, diputados á Cortes por Cartagena».

De El Globo:

«La comisión de Cartagena ha comenzado sus gestiones en defensa de los intereses de aquella ciudad que tan ligados están con la vida de aquel arsenal.

Es indudable que la comisión será cariñosamente recibida en todas partes, pero en Marina fracasaran sus gestiones».

Escusamos los comentarios. La comisión cartagenera ha expuesto de un modo muy vivo la situación que se produciría si se cerrara el arsenal, asunto que cree el «Heraldo» debe fijar la atención del Gobierno. La comisión será recibida con cariño en todas partes, pero fracasaran sus gestiones en Marina, según nos dice «El Globo».

¿Habrá tenido en la prensa su primer fracaso?

TUJERETAZOS

En el número de ayer de «El País» hemos leído este telegrama:

«La sociedad taponera y del trabajo protesta enérgicamente de la «exposición absurda y falsa» que ha elevado al Gobierno la Cámara Agrícola de Cáceres, perjudicial para los propietarios y ruinosa para los obreros taponeros.

El presidente, Vázquez.—El secretario, Bravo.»

¿Taponeros aquí?

¿Si en Cartagena no se crían alcornoques ni hay industria corcho taponera!

Apostamos doble contra sencillo á que ese despacho que «El País» cree expedido desde Cartagena, se lo han enviado desde Cortegama.

Hay una razón para creerlo así:

La de que aquí no hay ninguna sociedad taponera... tal vez debido á la casualidad de que no hay fabrica de taponeros.

Ni corcho para fabricarlos.

Dice un colega:

«Los amigos del Sr. Villaverde decían hoy, con mucha seguridad, que si ahora parece muerto el exministro de Hacienda y ex presidente del Consejo, resucitará triunfante, cuando lo considere oportuno, de entre los muertos, y juzgará á los vivos.»

Eso supone un calvario y un Pilatos... de un Caifás y... hasta de un Judas.

¿Se puede saber quiénes son esos señores?

«¿Por qué se reímos?» pregunta en una crónica Antonio Cortón.

Pues verá usted:

Nosotros, por el peligro que corre la maestranza sino se va Ferrándiz.

Los alcoholeros porque los tiene fritos Osma.

Los navieros españoles porque lo del abanderamiento barato ha sido un mito.

Montero y sus amigos porque les cargan Moré y sus partidarios.

Estos porque Montero y sus secuaces se les han puesto por montera.

Los obreros agrícolas por la mezquindad de los jornales.

Los contribuyentes porque el fisco los tiene aplastados.

Los únicos que rien son los conservadores, y aun en ellos la risa es forzada.

Como que no les pasa de los dientes por el temor de dar un batacazo.

Con que ya ve usted si hay motivos para que nadie ría.

VIAJE FELIZ

Salí por la carretera antes de la madrugada; larga la jornada era, y sin que nada pudiera evitarme la jornada.

Tenia que examinar de Murcia en el Instituto á mi chico, y que probar que mi chico no es un bruto sino un chico... regular.

Coche abierto. Jardinera. Pepe Saura, el conductor; porque él con la ramalera es el cochero mejor que hay en la provincia entera.

A la luz de la alborada deliciosa la campiña, tierra roja y labrada mucho almendro, mucha viña, mucha rubia maza sagada.

En el interior del coche hijo y padre renegando los dos de la mala noche, y fuera, Pepe, cantando playeras á soto voce.

Ya pasamos Los Dolores y á la carrera violenta de los petros corredores vemos los alrededores del Gimnasio y La Venta.

Restaurando las fatigas y las hambros del camino que eran nuestras enemigas, almorzamos unas migas sin torreznos y sin vino.

Nuestros caballos, llamados el Niño y el Polvorillo, comen un pienso escapados, y así que están despachados dejamos el ventorrillo.

En fin, para no cansar, después de mucho correr y de mucho galopar

en Murcia se vino á entrar las seis y media al caer.

Hijo y padre comprendimos que Saura es una eminencia; al Instituto nos fuimos y allí el examen pedimos, al instante, con urgencia.

El chico me salió bien, demostró tener talento, volviendo en un santiamén él alegre, yo contento y Pepe Saura también.

SUCESOS

CLAVELES

Un tío de claveles dobles, desprendido de un balcón por las travesuras de un gato, ha caído sobre la cabeza de una muchachita de diez y siete añitos, dejándola medio muerta.

He ahí en pocas palabras un suceso lamentable de que dan cuenta los periódicos de Madrid en la sección destinada á las peripecias cotidianas.

Con esos mismos factores, los claveles, el gato y la niña, un pintor habría podido hacer un cuadro admirable, en poeta, unos versos para un poema sentidísimo, y hasta un músico podría haber escrito una partitura ideal.

La fatalidad, sin embargo ha escrito una página de sangre, y esa pobre muchacha que quizá no pensaría en las amarguras de la existencia se vió de improviso en la Casa de Socorro con la cabeza rota.

¿Estaría escrito como dice el proverbio árabe?

Las cosas estaban sin embargo dispuestas admirablemente para que ocurriese una desgracia: el balcón, atestado de macetas, en forma de pirámide, en equilibrio casi inestable; el gato curioso en el balcón, siguiendo acaso el vuelo de alguna mariposa de brillantes alas; la muchachita pasando por bajo de los tientos en el instante crítico.

¿Tenía que suceder!

A los diez y siete años en todo puede pensar una jovencita menos en la sangre, que inspira horror instintivo.

Las ilusiones, el amor, la fragancia de las flores parecen ofrecer encantos indefinidos, haciendo agradable la existencia.

El pícaro gato, inconsciente de las leyes

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 322

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 323

LOS DOS HERMANOS

326

—No tenéis disculpa: Blanca es sobre todo sensible y apasionada; su corazón predomina á su cabeza por buena que sea, y así es al corazón á donde debéis dirigiros.

No la esquivéis con lugares comunes y con el uso de todos esos expedientitos que pedrán ser de algún efecto entre las coquetas, pero que son ridículos á los ojos de una joven formal, que ve las cosas más en grande.

—Por ventura, ¿he ofendido en algo á la señorita Blanca?

—No; pero tengo para mí que habeis equivocado el camino, y el deseo que tengo de llegar á ser vuestro tío, me hace vender un secreto que he sorprendido... Pero, sobre todo, no hagáis de modo que tenga que arrepentirme de mi indiscreción.

—Sois una Providencia para mí, querido conde.

—No olvideis que os quedan ocho días á lo más.

Entre tanto Blanca, casi sola entre Arrow y su tío, que necesitaba verla dar la mano á su amigo, conociendo bien que con su madre no podía contar sino en el último extremo, el de una negativa rotunda, volvió los ojos á un auxiliar, con quien sabia que podía contar á todas horas.

Fué á ver á su abuelito.

Dietrich había continuado ocupando el pabellón, á pesar de todas las instancias, y allí sabia que podía hablar con él en toda libertad.

Al verla, el rostro del anciano se bañó en dulce alegría.

—Bien venida seas, hija mía, la dijo: vendrá luego tu madre para dar el acostumbrado paseo?

—Sí, abuelito; dentro de una hora tendremos aquí á mamá.

—Más libres éramos, hija mía, cuando estábamos solos; pero paciencia, hija, dentro de una semana, á lo más, nos veremos libres de este fastidio de la etiqueta.

—¿También á usted le fastidia, abuelito?

—¿Cómo que también?

—Es que yo estoy grandemente aburrida, os lo aseguro.

—Dime, hija, dime por qué.

—Con este objeto me he anticipado á mamá.

—Pues habla, no perdamos el tiempo, hija mía, porque impaciente estoy como un niño tratándose de tí á de lo que te concierne.

—¡Oh! sí, sí, abuelito: se demociado bien cómo pro-

Al fin se decidió, y dos días antes de marcharse, aprovechó la ocasión que le preparó el conde Ostroff para poder hablar á solas con Blanca.

—Señorita, le dijo; debo parecer á vuestros ojos muy culpable.

—¿Culpable?... ¿vos, general?

—Sí, yo que he creído como un insensato que os pareceriais á las demás mujeres y que en tal concepto, os he molestado con mis tontos cumplimientos.

—Vaya, general, sois muy severo con vos mismo, y voy á tomar vuestra defensa, dijo Blanca sonriéndose.

—Bien merezco, en efecto, que me confundais.

yo no hubiera debido desconocer la noble franqueza de vuestro corazón, debia comprender que dispensarais mejor mi audacia, si os hubiere hablado como á una hermana.

Blanca, conmovida, hizo un pequeño movimiento.

—Permitidme, pues, deciros antes de que salga para esa campaña, cuyo resultado puede serme fatal, que os amo de todo corazón con toda mi alma, y que daría gustoso mi vida por tener la dicha de ser correspondido.

—¡General!

—¡Oh! castigad mi presunción, tenéis motivo para